

ME parece que nos vamos acostumbrando a muchas cosas, de tal modo que ya no nos ponen los pelos de punta hechos como que en Alcorcón hayan tomado la calle pandillas de niños dispuestos a transformar a la ciudad madrileña en un trasunto del Bronx o de cualquiera de esos barrios marginales que vemos en la películas americanas, verdaderas junglas donde la ley del más fuerte es la que prevalece.

La violencia física y verbal de los energúmenos es alta. No hay argumentos que se expongan de modo razonado, sólo frases entrecortadas y entreveradas de odio; sólo uso de la fuerza, al modo de los animales que repelen las intromisiones en su territorio. ¿Estética? y modos pudieran hacernos pensar que nos encontramos ante contestatarios; más bien pienso que no pasan de cafres.

Porque, en mi opinión, la juventud contestataria es otra cosa. Es la que no se resigna frente a cosas que pudieran mejorarse y combate el papanatismo social; es la que se arma de idealismo para protestar contra lo que le parecen abusos. La que no necesita de piedras, ni puños americanos, ni bates de béisbol. Se bastan con sus codos, los que ponen encima de la mesa para estudiar, y sus barricadas son sus libros o sus herramientas de trabajo, nunca contenedores en mitad de la calle, ni neumáticos ardiendo. Ellos se acozaban frente a lo negativo y trabajan por cambiar lo preciso. Creo en esos jóvenes, aunque muchas veces sus ideas o sus principios no coincidan con los míos. Tienen valores e intentan ponerlos en práctica.

En lo que no creo es en el nihilismo que practican individuos que relativizan todo hasta extremos que repugnan. Las ideas del respeto y el orden les son ajenas; la bravuconada es el estilo y la transgresión de las normas sociales no obedece a una actitud crítica asentada en el afán de querer mejorarlas, puesto que éstas le son indiferentes. Simplemente se cruza la raya, y sanseacabó. Muchos se conducen como si fuesen personajes de un videojuego y consumen su vida a grandes zancadas, en una partida que ni admite trucos ni se puede volver a empezar.

Alcorcón, estos días, quizá sea la constatación masiva y escandalosa de todo esto. Es noticia y los medios de comunicación se ocupan profusamente de contarnos qué pasa allí. Pero, en el día a día, tenemos bien cerca el problema. Frecuentemente hablamos de falta de educación en las calles, de vandalismo de fin de semana, de griterío

¿Queda muy lejos Alcorcón?

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

La juventud contestataria es otra cosa. Es la que no se resigna frente a cosas que pudieran mejorarse y combate el papanatismo social; es la que se arma de idealismo para protestar contra lo que le parecen abusos. La que no necesita de piedras, ni puños americanos, ni bates de béisbol. Se bastan con sus codos, los que ponen encima de la mesa para estudiar, y sus barricadas son sus libros



sin sentido, de absoluto desprecio a la vecindad, de desconsideración con los profesores, de culto a sustancias que sólo ayudan a desprenderse más de una realidad en la que no están asentados quienes las consumen. Hemos permitido una sociedad en la que pululan los consentidos que hacen de su capa un sayo y que manifiestan su odio hacia todo lo que no sean sus caprichos y sus reducidos planes.

Sin embargo, la sociedad que ellos desprecian pone a su disposición un sistema educativo del que abominan, pero que parece que pretende rescatarlos de la categoría de energúmenos para incluirlos en la más

interesante de personas. Y cuando les duele algo, les atienden los servicios médicos que todos pagamos. Y recargan las pilas de sus cacharros ruidosos en la red eléctrica o llenan los depósitos de sus ciclomotores, porque hay una organización social nutrida de gentes responsables. Claro, de esto no se dan cuenta. Para ellos las cosas están ahí porque tienen que estar. Punto. Y que no les falte de nada, que para eso están los padres. Y, de vez en cuando, una cabina de teléfono rota, o el banco de un parque arrancado. Que eso relaja y nos hace más fuertes.

Creo que aquí falla estrepitosamente la idea del deber. Lo oímos por todas partes, pero nadie se pone de acuerdo para afrontar el reto de decirle a determinadas personas que el camino que han emprendido no es el correcto, y que por ahí, nanay. No pocos políticos, arrebujados en el temor a la impopularidad (de esto sé algo). Muchos padres, con temor a que si amonestan a sus hijos, estos se traumatizan. Algunos profesores, todo progresismo, no hacen guardar las distancias con los alumnos: ya sabemos que eso de que el alumno les trate de usted es cosa de fachas. De modo que la responsabilidad de todos se desmorona, y con ella cae a cachos el respeto, fundamento de todo. El hambre y las ganas de comer.

Ya sé, no hace falta que nadie me lo diga, que todo lo que expongo aquí es superficial. Claro. Pero en la superficie está lo que hay. Lo que haya debajo, que lo analice quien quiera, doctores tienen la Santa Madre Iglesia. Pero, como ciudadano percibo esto. Y estoy convencido de que somos muchos los que así lo vemos.

■ JUAN CARLOS FERNÁNDEZ es concejal del PP en Zafrá